



CAPÍTULO IV.

Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad. Aventura de la sortija recobrada.



O bien habia yo entrado en casa cuando tambien volvió á ella el doctor Sangredo. Informéle de los enfermos que habia visitado, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas.—Ocho reales, me dijo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis, me dió solo dos.—Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la tercia parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la cuarta parte de lo que yo le entregaba, venia á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente, luego que comí, volví á echarme á cuestras el hábito de sustituto, y salí á campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia sentado en el libro, y á todos les receté los mismos medicamentos, aunque padecian diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas iban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por escelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo,

llevado allí por un pariente del mercader. Hice profundas cortesías á todos los circunstantes, pero particularmenté al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teniamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad; y despues de haberme mirado atentamente:—Señor doctor, me dijo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid, hermanos y compañeros míos; pero confieso que la fisonomía de vd. es para mí enteramente nueva, por lo que es preciso que vd. haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte.—Yo, señor, le respondí, soy un jóven pasante que ejerzo á la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca.—Doy á vd. la enhorabuena, me replicó cortesmente, de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será vd. habilísimo, aunque tan mozo todavía. Dijo esto con tanta naturalidad, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que habia de replicar, cuando el droguero tomó la palabra, y nos dijo:—Señores, tengo por cierto que ustedes saben uno y otro perfectamente la medicina, y así les suplico que, si gustan se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno á mi hijo.

Oyendo esto el doctorcillo, comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo curarla.—Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oír esto el mediquín, me preguntó sonriéndose con aire socarrón:—¿Y cree vd. que con esos escelentes remedios se le salvará la vida al enfermo?—¿Y cómo que lo creo! respondí animoso; sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males; y si no, que lo diga el doctor Sangredo.—Segun eso, replicó el doctor Cuchillo, se engaña mucho Celso, y escribió un gran disparate, asegurando que para facilitar la curacion de un hidrópico es conveniente dejarle padecer hambre y sed.—¡Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por oráculo. Engañóse como se engañaron otros, y algunas veces me complazco en ir contra sus opiniones.—Conozco por la esplicacion de vd., repuso Cuchillo, la práctica segura y buena que el doctor Sangredo quiere inspirar á todos los profesores jóvenes. La sangria y la bebida es su medicamento universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres honrados perezcan en sus manos.—Dejémonos de invectivas, le interrumpí yo con sequedad: no está bien en un hombre de la profesion de vd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dejarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura; y quizá vd. habrá despachado á ella mas que otros. Si vd. tiene algo contra



el señor Sangredo, escriba impugnándole, que no dejará ciertamente de responder, y entonces veremos quién es el que queda vencido.—¡Por San Pedro y San Pablo! prorumpió lleno de cólera el doctorcillo, que vd. no conoce al doctor Cuchillo. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y colmillos, y que de ningun modo me causa miedo Sangredo, el cual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Respondíle con enfado; correspondióme con el mismo; y en breve venimos á las manos. Dímonos algunas puñadas, y nos arrancamos uno á otro porcion de pelos antes que el droguero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido, pagáronme la visita, é hicieron quedar á mi antagonista, que verosímilmente les pareció mas hábil que yo.

Despues de esta aventura, faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto sochantre que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente, cuando se mostró tan rebelde á este remedio, que comenzó á echar votos. Díjome mil desvergüenzas, y aun me amenazó de que me echaria por la ventana. Salí de aquella casa mas de priesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fuí derecho á la taberna de lo caro, donde la vispera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber, lo hicimos perfectamente, y despues nos retiramos cada uno á su casa, en buen estado ambos, quiero decir, moros van, moros vienen. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia; porque le conté con tanta energía lo que me habia sucedido con el doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas al enojo y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo; y así me dijo:—Hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrión de nuestra facultad. Pues qué, ¿piensa el grandísimo ignorante que no se deben administrar á los hidrópicos bebidas acuosas? ¡pobre mentecato! pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los reumatismos y opilaciones. Es tambien muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le hielan; y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece estraña á los principiantes, cual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filósofos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar

la razon en que se funda, en vez de desacreditarme, llegarían á ser mis mayores apasionados.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido: pues por irritarle mas adremente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche habia yo bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia dado muchísima sed. Otro que no fuese el doctor Sangredo habria maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba, y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome á las bebidas acuosas; y así me dijo sonriéndose:—Amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor.—Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento*. Lo que es ahora, crea su merced que daría yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las escelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil y aun mil millones de veces esclamó, eran mas estimables, y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos, las termópilas de los siglos pasados, donde no se iba á malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida, anegándose en el vino; sino que concurrían allí á divertirse honestamente, y á beber sin riesgo agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia prevision de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente acudir á beber agua á su satisfacion, haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber si no le recetaba el médico.—¡Oh, qué rasgo de prudencia!—Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas, que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas de que evitarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir llega solo á calentarse. Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurría en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangredo; abominé del uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenían

la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavía me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo.—Vamos, señor, dije á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópilas de cuya falta tanto se lamenta vd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo eshortando á que bebiese siempre agua. Prometíle que la bebería toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del droguero no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta que estaba frenético, me encontré con una vieja, la cual se llegó á mí, y me preguntó si era médico. Respondíle que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispueta su sobrina, que se sentia mala desde el dia anterior, ignorando cual fuese su enfermedad. Seguila, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un cuarto adornado de muebles muy decentes, donde ví una muger en cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me llamó la atencion su fisonomía, y despues de haberla mirado por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que á ella toca, me pareció no me habia conocido, ya fuese por tenerla abatida el mal, ó ya por el trage de médico en que me veía. Toméle el pulso, y ví que tenia puesta mi sortija. Sentí una terrible conmocion al reconocer una alhaja á la cual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo acudiese á su defensa el dichoso Don Rafael, ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello seco para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme seria mejor disimular por entonces hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecía su postiza ó su verdadera sobrina. No fui tan mentecato que quisiese confesar que no le conocía, antes bien, haciendo de hombre sabio é imitando á mi maestro, dije con mucha gravedad que todo dependia de falta de transpiracion, y por consiguiente que era menester sangrarla inmediatamente, y humedecerla bien, haciéndole beber agua caliente en cantidad, para curarla segun el debido método.

Abrevié la visita cuanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia con-

veniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja, prendiendo á Camila.—No por cierto, me respondió; no pienses en tal disparate, ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones, y si no acuérdate de lo que te sucedió en Astorga; tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria, si quieres recobrar tu desgraciado diamante. Déjame pensar á mí mientras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.

Mas de tres horas hacia que le estaba esperando cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí, porque habia mudado de trage: traia el pelo trenzado, y unos bigotes postizos, que le tapaban la mitad de la cara: del cinto le colgaba una espada larga, cuya cazoleta tenia por lo menos tres piés de circunferencia, y marchaba al frente de cinco hombres, todos con aire tan resuelto y determinado como él, llevando igualmente sus grandes bigotes y espadas largas.—Servitor, señor Gil Blas, me dijo, acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene vd. un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que me acompaña, unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de vd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante; y le empeño mi palabra de que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí estas palabras, conociendo por ellas la estratagema que habia inventado para favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, á quienes habia metido en que hiciesen aquel papel. Mandé trajesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos encaminamos á casa de Camila. Llamamos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja: y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de miedo.—No se turbe, madre, le dijo Fabricio, que no venimos por mal, sino á un negocio de poca importancia, que presto se evacuará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé el candelero, y acercándome á la cama de Camila, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor:—Infame, le dije, ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien tan villanamente engañaste? En fin, ya te encontré, bribonaza. El corregidor dió oidos á mi querrela, y órden á estos señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea, pues, señor alguacil, dije á Fabricio, cumpla con lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No



necesito, respondió con voz bronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mia, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de ir la sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad.

Al oír esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y juntas las manos, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veia pintado el desconsuelo y el terror:—Señor Gil Blas, me dijo, apiádesese vd. de mí: esto se lo pido por aquella su casta madre, que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavía fuí mas desgraciada que delincuente. Voy á restituírle su diamante, y por amor de Dios nó me pierda. Diciendo esto se sacó la sortija, y me la puso en la mano. Pero yo le respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que se me habian robado en la posada.—Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida vd. á mí, pídaselos al traidor de Don Rafael, á quien no he visto desde entonces acá, que aquella misma noche se los llevó.—¡Ah buena maula! interrumpió Fabricio, ¿pues qué, no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legitimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del Don Rafael, para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida pasada. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, á quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos, que al señor corregidor no le pesará saber.

Al oír esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja, puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba ecsitar su compasion, Camila, del modo mas tierno y patético del mundo, me suplicaba y conjuraba la librase de mano de la justicia. Era este un espectáculo digno de verse. Fingí ablandarme, y dije al hijo de Nuñez:—Señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demas. No deseo se aflija á esta pobre muger, porque no quiero la muerte del pecador.—¡Bueno por cierto! me respondió, vd. es muy compasivo, y no valia un pepino para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion; y el señor corregidor espresamente me mandó prendiese á estas princesas, porque quiere su señoría hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento.—Hágame vd. el favor, le repliqué, de hacer por mí alguna cosa, y suavi-